

ce de modo perfecto. El ser no puede permanecer sin la naturaleza; por tanto si permanece la naturaleza ésta lo hace de modo imperfecto. Aunque el cuerpo no pertenece a la esencia del alma, sí pertenece a ella la disposición a la unión con «ese» cuerpo. Esto explica la radicalidad de la muerte al tiempo que se da cuenta del carácter permanente de la persona. La muerte supone un cambio sustancial de la persona (puesto que se corrompe uno de los principios de su naturaleza): no es un hecho accidental en la biografía personal, sino un acontecimiento decisivo para un ser que sigue perviviendo pero de modo imperfecto; esto hace más razonable la verdad de la resurrección de la carne, porque nada antinatural puede permanecer en el estado de bienaventuranza.

Este libro supone una coherente profundización metafísica en la definición clásica de persona mediante el uso de la analogía. En efecto, sólo desde el acercamiento analógico a los términos metafísicos de la definición de persona estamos en condiciones de justificar la atribución de nociones tomadas del mundo natural (de otro modo nos resultaría una realidad totalmente ajena), al tiempo que se manifiesta la irreductibilidad de la persona a esas nociones tomadas del mundo natural. Este recurso a la analogía puede servir como punto de partida para entablar un diálogo con las filosofías personalistas que en aras de destacar la peculiar índole personal descalifican como «sustancialista» la definición clásica de persona. Con esto se permite un diálogo verdaderamente filosófico tanto con el pensamiento clásico como con el moderno y contemporáneo.

José Ángel GARCÍA CUADRADO

Giuseppe TANZELLA-NITTI - Alberto STRUMIA (a cura di), *Dizionario Interdisciplinare di Scienza e Fede*, 2 vols., Urbaniana University Press - Città Nuova, Roma 2002, 2.340 pp., 17 x 25, ISBN 88-311-9265-5.

El diálogo entre ciencia y religión ha adquirido nuevas dimensiones en los últimos años. Los positivistas pronosticaban que la ciencia se iba a comer a la religión. Sin embargo, aunque el progreso de las ciencias ha continuado, son cada vez más los científicos que escriben libros donde aparecen Dios o la religión en el título, y no es extraño que esos libros se encuentren entre los más vendidos. Una vez más se está cumpliendo el antiguo dicho de que un poco de ciencia emborracha, pero si se bebe hasta el final la copa de la ciencia, se encuentran los problemas metafísicos y religiosos.

El problema es que el mercado es muy amplio y resulta difícil distinguir lo que vale la pena y lo que son productos pasajeros, demasiado comerciales o

de segunda categoría. Otro problema, en el mundo católico, es que gran parte de los productos provienen del ámbito anglosajón y no tienen suficientemente en cuenta las peculiaridades del catolicismo. Sin duda, muchos problemas son comunes y valen para cualquier religión, pero esto no sucede siempre.

El nuevo Diccionario resuelve de modo más que satisfactorio estos problemas. Proporciona un amplio espectro de voces elaboradas por especialistas en cada uno de los temas, de modo que la calidad científica se encuentra garantizada. Y los editores son católicos que gozan de gran competencia en esos temas. Alberto Strumia es profesor de Física matemática y Mecánica superior en la Universidad de Bari, y además enseña Filosofía de la ciencia en el Estudio Filosófico Dominicano de Bolonia. Giuseppe Tanzella-Nitti, sacerdote católico, trabajó durante varios años como astrofísico, y es profesor de Teología fundamental en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz en Roma. Ambos han publicado interesantes libros y artículos. Ahora, además de su trabajo como editores, han redactado un cierto número de voces del nuevo Diccionario, y han conseguido la colaboración de numerosos especialistas, también no católicos y pertenecientes al mundo anglosajón. Este Diccionario es una obra pionera a nivel mundial, debido a su amplitud, a su rigor, a su valor como documentación para cualquier estudioso tanto creyente como no creyente, y a su impecable presentación.

La importancia del tema ha sido subrayada, una vez más, por el Papa Juan Pablo II cuando, en el transcurso de una audiencia a la Asamblea Plena de la Academia Pontificia de Ciencias, el lunes 11 de noviembre de 2002, los dos editores le han presentado el Diccionario. La Asamblea tenía como tema «El valor cultural de la ciencia». En su discurso, Juan Pablo II se refería al conocimiento científico afirmando: «Este conocimiento representa un valor profundo y extraordinario para toda la familia humana, y también tiene un significado enorme para las disciplinas de la Filosofía y la Teología, mientras prosiguen a lo largo del camino del intelecto buscando a la fe y de la fe buscando el intelecto, y aspiran a una comprensión siempre más completa del saber humano y de la revelación bíblica. Si en la actualidad la Filosofía y la Teología comprenden mejor que en el pasado qué significa ser un ser humano en el mundo, lo deben en gran parte a la ciencia, porque ésta nos ha mostrado cuán numerosas y complejas son las obras de la creación y, de modo semejante, cuán infinito sea el cosmos».

Una empresa de este tipo no está exenta de dificultades. Tal como subrayan los editores en la Introducción, hoy día se habla mucho de interdisciplinariedad, pero no siempre está claro ni es fácil determinar qué se quiere decir con esta palabra. Según la Real Academia de la Lengua Española,

interdisciplinario significa aquello «que se realiza con la cooperación de varias disciplinas». Pero una disciplina, como advierte la Academia, es un «arte, facultad o ciencia», y toda ciencia tiene sus propios objetos y métodos que las distinguen de otras. El problema de la relación entre disciplinas surge en los niveles más básicos. Por ejemplo, dentro de la Física, todavía no se sabe bien cómo combinar la relatividad general con la mecánica cuántica, y en este caso se trata de teorías que pertenecen a una misma disciplina. ¿Cómo podemos conseguir la cooperación de disciplinas diferentes? La fragmentación del saber es un problema característico de nuestra época. Si a veces resulta difícil la comunicación entre físicos teóricos y experimentales, ¿qué decir de las dificultades que se encuentran para establecer un diálogo entre disciplinas científicas y humanísticas?

De hecho, se han propuesto diferentes modelos sobre la relación entre ciencia y religión, o si se prefiere (hay razones en favor de todas estas expresiones), de ciencia y teología, o de ciencia y fe. No es una tarea fácil, porque se trata de puntos de vista diferentes, con objetivos muy distintos. Además, desde el punto de vista histórico, estas cuestiones se han encontrado con complicaciones adicionales, debidas a malentendidos de gran envergadura. Me refiero obviamente al caso Galileo, que al cabo de varios siglos continúa siendo objeto de graves disputas, y a las filosofías de tipo cientificista que han opuesto sistemáticamente a la ciencia frente a la religión. Respetando otras aproximaciones igualmente válidas al tema, personalmente he propuesto un enfoque que me parece especialmente interesante y fructífero. Me refiero al estudio de los supuestos de las ciencias y las implicaciones de su progreso. En efecto, la ciencia es una actividad humana que busca unos determinados objetivos y se apoya en supuestos de tipo ontológico (la existencia de un orden natural), epistemológico (nuestra capacidad para conocer ese orden) y ético (que vale la pena buscar los valores implicados en esa actividad). Esa reflexión resulta fructífera y sugestiva, respetando la autonomía de los diferentes saberes y proporcionando indicadores acerca de sus relaciones. Se trata de un diálogo que utiliza los recursos de la reflexión filosófica. La filosofía puede servir de puente precisamente porque tiene algo en común con las dos partes que se trata de comunicar, la ciencia y la religión. En efecto, la reflexión sobre la naturaleza, supuestos, alcance y progreso de ambas es una tarea filosófica, que permite establecer relaciones entre las diversas perspectivas.

Los autores del presente Diccionario son conscientes de estas dificultades, y explican la perspectiva que han adoptado con estas palabras: «Puesto que se trata de una interdisciplinariedad que se plantea en el ámbito de la relación entre ciencia y fe, hemos procurado colocarnos en la perspectiva de una “uni-

dad del saber” (véase la voz correspondiente) basada sobre una organización sapiencial del conocimiento, en la cual las diferentes disciplinas encuentran, por una parte, una reflexión común sobre los fundamentos del propio conocimiento y de las modalidades (rationales, analógicas, simbólicas, estéticas) en las cuales se expresa, haciendo posible su diálogo sin equívocos o concordismos fáciles, y por otra parte, una nueva comprensión más profunda a la luz de los contenidos de la Revelación cristiana» (p. 9).

La idea está clara. Lo difícil es ponerla en práctica. Sólo pueden hacerlo con la necesaria competencia quienes posean un amplio conocimiento, por una parte, de su especialidad, y por otra, de las otras disciplinas con las que se entabla el diálogo. La búsqueda de interlocutores válidos ha debido ser, sin duda, una de las dificultades principales de los editores, pero puede afirmarse que la han resuelto de modo satisfactorio. Aunque exista, como es lógico, una amplia diversidad de enfoques particulares, debido a la variedad de los autores, siempre se encuentran planteamientos que buscan conscientemente el rigor y el respeto hacia los otros protagonistas del diálogo, evitando los particularismos. El lector puede estar seguro de que no encontrará aquí ningún tipo de reduccionismo, ni por parte de los científicos ni de los filósofos o teólogos. Encontrará actitudes dialogantes y abiertas a los problemas reales, buscando la intersubjetividad y el entendimiento.

Es imposible intentar una síntesis de una obra de tanta envergadura, que contiene contribuciones enormemente variadas. Me parece interesante, en cambio, hacer notar que, además de las ayudas que el Diccionario incluye, tales como un elenco de documentos y varios índices que permiten manejar la obra con comodidad, una de las ventajas principales de esta obra, que sin duda la convertirán en obra de referencia obligada, es que permite abordar temas centrales a través de diversas voces relacionadas, que proporcionan una visión completa del tema en su conjunto. Los editores han incluido una sección de este tipo que titulan «Recorridos temáticos». Por supuesto, en cada voz, además de amplia bibliografía, se remite, tanto en el texto como al final, a las voces relacionadas. También se debe notar que el primer volumen y parte del segundo contienen voces temáticas, mientras que el resto del segundo volumen incluye voces dedicadas a autores. Todo ello permite elaborar recorridos alrededor de los temas que más interesan al lector.

Personalmente estas posibilidades ya me han sido de gran utilidad. En el Grupo «Ciencia, razón y fe», en el que colaboramos con esa misma intención interdisciplinar algunos profesores de la Universidad de Navarra, hemos elaborado varios recorridos en torno a los temas en que tenemos interés especial, y hemos comprobado que el Diccionario permite obtener un resultado muy sa-

tisfactorio. Véase, por ejemplo, lo que encontramos acerca del origen del universo.

Encontramos, en concreto, nueve voces que proporcionan un recorrido sistemático y completo. Giuseppe Tanzella-Nitti (su presencia es especialmente notable en este tema, dada su competencia como astrofísico y teólogo) ha escrito cuatro de ellas, las dedicadas al «Principio Antrópico» (pp. 102-120), al «Cielo» (pp. 238-250), a la «Creación» (pp. 300-321), y a la «Vida extraterrestre» (pp. 591-605), una voz que no debía faltar en una obra de este tipo. Alessandro Omizzolo, del Observatorio Vaticano, ha escrito la voz «Astronomía» (pp. 121-132). Duccio Macchetto, que trabaja para la NASA como director científico del Instituto del Telescopio Espacial en los Estados Unidos, siendo uno de los especialistas más destacados en progresos recientes en la observación de objetos espaciales, ha escrito la voz «Observación del cosmos» (pp. 276-284). William Stoeger, astrónomo jesuita del grupo del Observatorio Vaticano en Tucson, Arizona (Estados Unidos), ha escrito la voz «Cosmología» (pp. 285-299). Francesco Bertola, profesor de Astronomía en la Universidad de Padua, ha escrito la voz «Pluralidad de mundos» (pp. 1077-1083). Y Juan José Sanguinetti, profesor de Filosofía de la naturaleza y de la ciencia en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz de Roma, autor de diversos estudios sobre el tema, ha escrito la voz «Universo» (pp. 1450-1461). El resultado es que el lector encuentra todo aquello que necesita, tanto para la satisfacción de su curiosidad personal como para la eventual preparación de clases o publicaciones, tanto desde el punto de vista científico como filosófico y teológico. Además, las voces sobre autores le permiten obtener nuevas dimensiones históricas en su recorrido, ya que, sobre este tema, se encuentran voces sobre Bruno, Copernico, Nicolás de Cusa, Galileo, Kepler, Lemaître y Teilhard de Chardin.

Otros recorridos proporcionan resultados igualmente interesantes y útiles (ver el apartado “bibliografía” en <http://www.unav.es/cryf>). Encontramos autores de reconocido prestigio y de procedencias tan variadas como el cardenal Paul Poupard, Presidente del Pontificio Consejo para la Cultura; Monseñor Marcelo Sánchez Sorondo, Canciller de la Pontificia Academia de Ciencias; el padre George Coyne, Director del Observatorio Vaticano; Robert John Russell, Director del Centro para la Teología y las Ciencias Naturales de Berkeley; Sir John Polkinghorne, receptor del Premio Templeton; Evandro Agazzi, Presidente de la Academia Internacional de Filosofía de las Ciencias; Thomas Torrance, antiguo Moderador de la Iglesia de Escocia; William Wallace, uno de los más conocidos estudiosos de Galileo; y tantos otros.

Uno de los frutos del trabajo en este Diccionario ha sido el establecimiento de una página web que se encuentra activa y en desarrollo

(<http://www.disf.org>). El lector interesado puede encontrar allí más información, el texto completo de algunas voces, y la Introducción, donde los editores explican las características de esta obra. Lo cual me ahorra tener que entrar en más explicaciones. En definitiva, se trata de una obra muy recomendable para científicos, filósofos, teólogos, y para cualquiera que desee encontrar referencias rigurosas sobre los múltiples aspectos en que la ciencia actual interacciona con otras dimensiones de la cultura humana.

Mariano ARTIGAS